

Rafael Aguirre, (ed), *Así vivían los primeros cristianos. Evolución de las prácticas y de las creencias en el cristianismo de los orígenes*, Editorial Verbo Divino, Pamplona, 2017.

La teología hace una nueva parada en el libro colectivo coordinado por el profesor y teólogo Rafael Aguirre, “Así vivían los primeros cristianos. Evolución de las prácticas y de las creencias en el cristianismo de los orígenes”. Una obra en la que han participado ocho teólogos, biblistas y expertos en historia antigua, de diversas universidades españolas e internacionales. Forman parte del Grupo de Investigación (GISOC) especializado en el fenómeno de los orígenes del cristianismo. Quiero comenzar subrayando un rasgo inusual en una obra de estas características: la unicidad que nos brindan sobre la interpretación de este tema se combina con la riqueza y pluralidad de sus puntos de vista. Algo poco frecuente en el mundo académico caracterizado por el exceso de celo de las ideas propias. Estamos ante un texto maduro en su reflexión, que refleja bien el dilatado recorrido, teórico y empírico,

de sus autores, en diálogo transversal con la comunidad académica y con sus diversas disciplinas de conocimiento.

Los autores buscan interpretar cuál fue la novedad de la experiencia religiosa de los primeros cristianos, reconstruyendo el proceso mismo de configuración del movimiento social en sus dos primeros siglos de vida. La cuestión que se dilucida es cómo se pudo producir aquella experiencia de carácter extraordinario, siguiendo la terminología de los autores, dentro de la cultura judía y grecorromana hasta dar lugar a una nueva forma histórica de habitar la relación con Dios. Hoy hablaríamos de un hecho disruptivo, una interrupción en el devenir histórico.

La tesis del libro es que el cristianismo fue un proceso creativo que hunde sus raíces en una experiencia fundante, la muerte trágica de Jesús, un líder de masas en quien habían confiado profundamente y por el que esperaban impacientemente la llegada de un tiempo nuevo. El carácter cristiano de aquel primer movimiento de seguidores de Jesús de origen judío descansa, en primer lugar, en una experiencia de shock, hoy le llamaríamos un trauma, originada por la muerte atroz y cruel de su líder, una sensación de estigma social hacia quienes le seguían en vida (fe discipular), lo que les sumió en una crisis de miedo y desconfianza hacia todo lo que habían vivido. Una profunda desesperanza. El primer cristianismo como proceso creativo es el resultado, a su vez, de un cambio de la percepción de sí mismos, tras las experiencias ekstáticas de carácter revelatorio, testimonios que aluden a encuentros con Jesús en forma de visiones, audiciones y sueños y que apuntan hacia el sentido trascendente de aquel aparente fracaso postpascual. Así entendieron que Jesús vivía de otra forma entre ellos, algo que todavía no habían formulado doctrinalmente y que llamaran resurrección. Y al hacerlo, modificaron también su relación con el Dios de Jesús. En el tránsito de una fe discipular a una fe postpascual es central la interpretación de los orígenes.

Sin embargo, la visión que ofrece esta obra coral es la antítesis a una visión teologizada de la experiencia religiosa. Porque, tomando las palabras de los mismos autores, “la teología no puede ser un manto que se echa encima de la historia para utilizarla de forma interesada, conociendo de antemano el resultado de la misma” (p.11). Y esta es otra de las originalidades del trabajo. Los autores no dan por supuesta la novedad de las creencias teológicas: que Jesús es el Hijo de Dios que fue resucitado entre los muertos y que esta a la derecha del padre. La posición epistemológica que adoptan es la de una radical apertura a lo que acontece en la historia, rebajando cualquier forma de determinismo de lo sagrado. Comparten la preocupación propia de otras disciplinas sociales sobre como irrumpen nuevas subjetividades colectivas en el proceso histórico, emprendiendo la difícil tarea de explicar lo que, a

mi juicio, se podría definir como un instante de originalidad histórica irrepetible. El cristianismo se puede interpretar, en este sentido, como un acontecimiento de carácter emocional (M. Arbaiza “Volviendo a los orígenes: el cristianismo como acontecimiento emocional”, *Estudio Agustiniano*, 54 (2019), pp. 547-576), con un fuerte contenido subjetivista, en el que la aproximación teológica, en tanto que interpretación sagrada de la historia, sería posterior a la misma experiencia humana.

El libro atiende a un proceso que, a mi juicio, tiene gran actualidad. Se va construyendo el movimiento social desde identidades y culturas particulares hacia un sentimiento de comunión de carácter universal. Situado en unas coordenadas de espacio/tiempo singulares, desde la vivencia de lo que acontecía, se parte de lo particular y subjetivo para ir desplazándose hacia lo que se consideró una verdad universal y objetiva. A lo largo de ocho capítulos se transita desde los primeros refugios emocionales habitados por personas muy plurales según el origen social, étnico, y de género, hacia una comunidad cada vez más amplia, anónima en sus relaciones personales, pero fuertemente cohesionada entorno a una identidad común. Una identidad muy marcada por sus ritos de pertenencia, como el bautismo o la comida eucarística, por las prácticas de fraternidad -la inclusión de mujeres, esclavos e inmigrantes- así como las formas ascéticas de utilizar el cuerpo, entendido como espacio que anuncia un tiempo nuevo. Es una narración sobre cómo se pudo constituir una experiencia entre personas que se reconocieron iguales a partir de la diferencia y cómo se formaron los bordes del movimiento, entre aquellos primeros seguidores en los dos primeros siglos, hasta llegar a formar la *ekklesia*.

En la forma de ordenar los temas, en su estructura y metodología se muestra un enfoque, y esta es otra de las originalidades del libro, que toma prestado de las aportaciones de las neurociencias y de la psicología una perspectiva cognitiva sobre las formas que tenemos los seres humanos de aprehender el mundo, de relacionarnos entre nosotros, con los objetos que nos rodean, y también con Dios. El libro se inscribe dentro de lo que se ha llamado el giro emocional o el giro afectivo, que propone que las personas se vinculan al mundo no a través de la mente sino a través de todo el cuerpo, entendido como un conjunto de emociones que afecta y que es afectado por el mundo. Se sostiene sobre la tesis de que el conocimiento tiene un componente emocional; de ahí la expresión de *cognición* o *razón sentida* sea la más idónea. Así, cuando se produce algún hecho o fenómeno que interpela y transforma la forma de pensar (el sistema de creencias, el *logos*) es porque previamente se ha producido una alteración física y sensorial, que tiene la función de valorar dicho signo según criterios de bienestar o de malestar (*ethos*). La hipótesis que atraviesa metodológicamente el libro es que las creencias se asientan sobre certezas emocionales,

convicciones ya incorporadas, acerca de Jesús y su misión, de Dios y su proyecto salvador.

En este sentido, la experiencia extraordinaria a la que dio lugar la fe postpascual, la de la muerte de Jesús y la intuición de que vivía de otra forma en ellos, fue una experiencia sensorial, una alteración de la conciencia que hacía humanamente plausible la expresión de “estar tomado por el Espíritu”, una liminalidad que desbordaba todo los límites de lo pensable hasta entonces. El libro destierra cualquier explicación sobrenatural o mágica de algo tan central como la resurrección y la sitúa en el misterio de la misma experiencia humana. Una perspectiva analítica sobre la capacidad humana para el cambio, que hace historizable la experiencia espiritual de sentir “la revelación de Dios” en el mundo.

La estructura del libro responde a esta interpretación. En la forma de ordenar los temas y la exposición se muestra esta nueva perspectiva, muy acorde con los tiempos de giro al cuerpo. Comienza con una brillante explicación sobre lo que es una experiencia extraordinaria, para ir mostrándola en todas sus partes: en el shock emocional de la muerte, en la conciencia alterada de la resurrección, en la liminalidad de la comensalidad, en la conversión del bautismo, en la intensa sentimentalidad de las prácticas fraternales así como en la vivencia corporal del ascetismo como anuncio de algo nuevo. Se puede afirmar que el cristianismo en sus orígenes fue un movimiento profundamente sentimental, diríamos que profundamente femenino en la medida en que la expresión subjetiva y afectiva cobró una especial autoridad epistémica. No es hasta la última parte del libro cuando los autores analizan el surgimiento de las categorías teológicas con las que nombran una nueva relación con Dios a partir de una reinterpretaron de Jesús.

Todas las investigaciones están inmersas en su tiempo de cultura, y esta no es una excepción. Late una preocupación implícita que es la de dar cuenta de las creencias fundamentales del cristianismo. En este sentido, a mi juicio, esta propuesta de interpretación de los orígenes cobra pleno sentido en un tiempo caracterizado por la pérdida de hegemonía cultural y religiosa del cristianismo. Vivimos una crisis del status de cualquier forma de verdad que aparezca como ya dada y, por lo tanto, bajo la apariencia de absoluta. Nos hemos ido despojando de todas aquellas propuestas de sentido basadas en creencias que se presentan como autoevidentes. Esta forma de habitar el presente afecta también a las formas de comprensión de Dios y, sobre todo, cuestiona al Dios de la metafísica, imaginado durante siglos fuera del tiempo/espacio propio del devenir de la humanidad y con una voluntad propia forjada anterior/exterior a la misma historia.

Esta obra reivindica la historia como espacio de experiencia de Dios. Tiene un estilo muy atento a la narrativa de carácter subjetivo, y

a la vez un marco analítico que radicaliza la propuesta de encarnación o incorporación de las creencias religiosas como condición para la experiencia del misterio de Dios. Por eso podríamos afirmar que es una teología histórica escrita en un tiempo de postcristianismo. Una propuesta de experiencia de lo sagrado que elimina cualquier apelación a lo sobrenatural, dejando precisamente espacio al misterio que acontece en la historia. La prudencia teológica abre así un espacio a la indeterminación de lo posible. Volver a los orígenes es desnudarse de todo el manto de dogmas y de ritos vacíos para hacer de nuevo inteligible aquella experiencia original.

*Mercedes Arbaiza*